

Nadia Mariana Consiglieri, *El dragón de lo imaginado a lo real. Su simbolismo en la miniatura cristiana de la Plena Edad Media hispánica*. Colección: Ideas en debate. Serie: Historia Antigua-Moderna. Miño y Dávila Eds. 2020, ISBN 978-84-18095-52-8

Del universo bestiaro conocido, el dragón es sin duda uno de los que mayor fascinación provoca. La supervivencia de su imagen, con sus infinitas variantes, no solo impacta desde relieves, pinturas o páginas de libros de historia del arte o mitología, sino que refuerza su contemporaneidad cuando adquiere protagonismo en los soportes audiovisuales; numerosas series televisivas y películas de los últimos años hacen de su representación el elemento distintivo o pregnante. Sus características pueden diferir según lugar, época o autor, pero a grandes rasgos se lo puede describir con grandes fauces, lengua de serpiente, una llamarada de fuego que sale de su boca, orejas y cola puntiaguda, alas y cuerpo con escamas o textura de reptil. Elementos, todos, que buscan reforzar su peligrosidad y su genealogía intrigante, transformándola a su vez en una figura monstruosa que, haciendo honor a la etimología de la palabra monstruo, *monstrum*, alude a un prodigio capaz de testimoniar algo que proviene de un mundo divino.

En la actualidad podemos inferir múltiples explicaciones a sus encantos, considerando además que posee un espectador sin límites etarios. Sin embargo, mucho del porqué de la atracción por la figura del dragón nos lleva directamente a pensar en el Medioevo, época que supo aprovechar su imagen casi sin restricciones. ¿A qué funcionalidad respondía? ¿Cómo fue representado durante las civilizaciones de la Antigüedad y qué cambios se produjeron en su paso a la Edad Media? ¿Qué importancia revestía en el mundo cristiano? ¿Cómo varió su simbolismo? ¿Cuál fue su relevancia en el interior de los códices iluminados nacidos en monasterios hispanoamericanos? ¿Cómo impactaban en el receptor de aquellos tiempos, probablemente monjes? Estos son apenas algunos de los interrogantes que el libro que aquí analizamos se propone desentrañar, en cuyas páginas, Nadia Consiglieri, consigue llevar al lector por un recorrido de lectura amena, y rico en referencias y ejemplos que se materializan en 150 esquemas, de fantástica ejecución, realizados por la propia autora.

Como asegura José Emilio Burucúa¹, en las Palabras Preliminares de la edición, el libro reúne magistralmente “varias líneas de la historiografía euroamericana – la historia social y religiosa del Medioevo, la historia de las prácticas de lecturas y escritura en esa misma época, la historia del arte, de las imáge-

nes y de la cultura visual- con la solidez de una erudición excepcional y la elegancia de un estilo capaz de tornar la lectura del texto o la observación de las imágenes en una experiencia de deleite intelectual y estético.” Los diferentes abordajes historiográficos se complementan para lograr así que el lector se sumerja en un tema de investigación que –como asevera Ofelia Manzi en el Prefacio– no había sido, hasta ahora, muy tratado. Si bien existen escritos históricos o catálogos, el estudio de la figura del dragón en manuscritos iluminados –elaborados en la Península Ibérica cristiana durante la Plena Edad Media–, no tenía investigaciones específicas. En tal sentido, el texto aquí reseñado genera un camino de debate y análisis sobre las diferentes funciones simbólicas y prácticas del dragón presente en las miniaturas de monasterios hispano-cristianos, entre el siglo XII e inicios del XIII, momento clave de la consolidación del románico en la región y su posterior paso al *Estilo 1200*.

Estructurado en tres capítulos, es el primero de ellos el que trata acerca del panorama de los más destacados *scriptoria* del período, de la situación política imperante y del rol de la iglesia. Fue en ese tiempo que los centros monásticos ibéricos se convirtieron en los protagonistas de la producción de manuscritos con Castilla y León a la cabeza, seguidos por Cataluña y Navarra, sin desconocer la importante producción itinerante de monasterio en monasterio. En el ámbito castellano, por ejemplo, fue relevante la presencia de Santo Domingo, antiguo prior de San Millán, que se había trasladado en 1041 a San Sebastián de Silos, monasterio que luego fue rebautizado con su nombre. En aquel municipio burgalés, el santo revitalizó el *scriptorium* dando un gran impulso a la escritura e iluminación de códices. Por otra parte, en León, fue fundamental la presencia de San Martino quien hacia 1185 había comenzado a escribir y a dirigir el escritorio de San Isidoro, y quien además era asiduo a las peregrinaciones –incluso más allá de los límites ibéricos–, concretando viajes a Roma y otras regiones de Italia, Jerusalén, Antioquía, las Islas Británicas y París. En esta última ciudad, tomó contacto con los círculos escolásticos, enriqueciendo de manera notable su erudición teológica.

En cuanto al florecimiento del *Estilo 1200*, la autora subraya su impacto como consecuencia de los

¹ El profesor José Emilio Burucúa dirige la serie “Historia Antigua-Moderna” de la colección *Ideas en debate*, a la que pertenece este libro. Consiglieri, Nadia, (2020) *El dragón de lo imaginado a lo real. Su simbolismo en la miniatura cristiana de la Plena Edad Media hispánica*. Colección: Ideas en debate. Serie: Historia Antigua-Moderna. Miño y Dávila Eds. p. 13

importantes cambios artísticos surgidos en la segunda mitad del siglo XII (extendiéndose a los inicios del XIII) a causa de la fusión que se generó entre elementos románicos y temprano-góticos, movimientos impulsados en gran parte por la monarquía y sus relaciones, ya que se produjeron fructíferos contactos entre los reinos de Castilla y León, y los anglonormandos y francos. Es así como, de manera paulatina, el románico dio paso al arte del 1200 en todo el territorio hispano-cristiano, evidenciándose en tendencias ultrapirenaicas francesas e inglesas, algunas clásicas y un notable interés por formas de raíz bizantina.

En el segundo capítulo del libro, se definen las diferentes modalidades representativas del dragón, reafirmando que la imagen prototípica que se tiene de este animal imaginario es consecuencia de la conjunción de variadas fuentes escritas e iconográficas. No obstante, se pone en relieve la definición de Isidoro de Sevilla en sus *Etymologiae*, quien lo define como “gran serpiente”. Revela así cómo se constituyó esta figura en la Antigüedad, cuáles fueron sus formas en Egipto, Mesopotamia y Grecia, y cómo mutó la percepción de su imagen, ya que pasó de ser una bestia con cualidades apotropaicas a convertirse en otra de naturaleza opuesta, asociada al peligro y, más concretamente, a lo demoníaco. Esta última característica, se selló, definitivamente, con su llegada al Occidente medieval.

De esta forma, la constitución del dragón desarrolló variantes, aunque en muchos casos conservó sus rasgos serpentinos, aun cuando, ya entrado el siglo XII, su morfología incorporó las alas nacientes del lomo. La suma de estos elementos aviarios, más las características leoninas o serpentiformes, dispararon múltiples conclusiones acerca de su naturaleza. Se lo vinculó entonces a los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego), a los cinco sentidos, a los mundos terrestre, celeste y acuático, mientras se afianzaba tanto su faceta destructora como la de aliado de Satán. Su hibridez, sostenida en los distintos momentos de la Edad Media, alimentó de esta forma las diversas consideraciones hacia su ser y retroalimentó su efectividad en la transmisión del mensaje, es decir, reafirmar su asociación con el mal.

“El dragón en los manuscritos de la Plena Edad Media hispánica” es el título que recibe el tercer

apartado del libro y en el que Consiglieri ofrece un amplio panorama de las tipologías codicológicas que incluyen a dicho animal en el momento citado. Los manuscritos hispánicos del siglo XII y de la primera mitad del XIII ostentaron figuras dragontinas en las letras capitales y en los diversos *marginalia*, cumpliendo funciones simbólicas y prácticas que contribuyeron no solo a dirigir la *lectio* en los espacios monásticos, sino que también fueron utilizados en la *meditatio*, en la liturgia y en las oraciones en general. Biblias, breviarios, martirologios, sacramentarios, homilarios, salterios, leccionarios, comentarios exegéticos (entre ellos los Beatos) y otros, expusieron al dragón en sus folios, adaptándose cada vez con más fuerza al nuevo arte que se expandía por la península: el mencionado *Estilo 1200*.

Segmentadas por su ubicación (miniaturas principales, secundarias y paratextuales, letras capitales u ornamentos, e indicadores de lectura marginales) las representaciones son analizadas desde lo morfológico e iconográfico, sin descuidar los datos de su contexto social y cultural, mientras son acompañadas de los esquemas pertinentes. Su descripción ayuda a comprender la gran diversidad de figuras dragontinas que poblaban el universo de los códices medievales, mientras revela cómo se fue gestando aquel cambio estilístico que, asociado al pensamiento de la época, derivó en una representación más verosímil del animal. Propuesta, la de la autora, que nos permite reflexionar cómo aquella “credibilidad” visual requerida en la bestia fantástica exigió correcciones, adaptaciones y muchas otras decisiones plásticas, que buscaron captar la atención y, en consecuencia, facilitar la eficacia de la representación. Materialidades y recursos, los medievales, que quizás distan mucho en la forma de los dragones cinematográficos o televisivos del tercer milenio, pero que en esencia –unos y otros– pretendieron (y pretenden) lo mismo: ser efectivos.

Claudia Puebla

Centro de Investigación en Arte, Materia y Cultura, IIAC-UNTREF

Email: pueblarte@gmail.com
ORCID 0000-0001-8899-8968